

(806), el emperador al mismo tiempo que fingía grande celo de que se observasen los cánones, mandó elegir un lego llamado como el Nicéforo, que había sido secretario en el reinado anterior. Sin embargo, su virtud y talentos le hacían digno de aquella elevación, y así le recibieron con aplauso el clero secular y regular y todos los órdenes del pueblo. Opusieron tan solo los abades Teodoro y Platon con su celo acostumbrado de que se observasen á la letra los santos decretos, pues esto debía prevalecer según ellos sobre los felices presagios de tener un obispo digno, presagios que muchas veces son imaginarios y siempre son equívocos. Hasta veían en esta dispensa el próximo peligro de pasar á una verdadera relajación, ó á ciertos artículos de condescendencia sobremanera perjudiciales á la disciplina. Y en efecto, no se tardó mucho en tratar de restablecer al sacerdote José, depuesto por el patriarca Tarasio por haber celebrado el casamiento adulterino del emperador Constantino con la famosa Teodota. Amábale mucho el emperador Nicéforo, porque había influido en la resolución que tomó Bardanes de renunciar el imperio. El nuevo patriarca recibió pues á José en la iglesia catedral, y le permitió celebrar el santo sacrificio. Congregáronse luego algunos obispos y aprobaron al patriarca.

Pero el abad Teodoro, en su nombre y en el de San Platon su tío, dió á luz sobre este punto un escrito concebido en estos términos (1): «Es indudable que los prelados deben celebrar sus reuniones, pero para sostener los cánones, no para anularlos; porque si su poder fuera arbitrario, pronto se destruiría el Evangelio, pues cada uno podría sustituir nuevas reglas á las de Jesucristo y de los Apóstoles. Muchos, añade, opinan y hablan como nosotros; pero esto lo

(1) *Lib. 1. Epist. ep. 21, 22 et 31.*

hacen á la sombra del secreto como discípulos nocturnos que no osan acompañar de día á Jesucristo. Al siervo fiel, ¿qué le importa la conducta que observan los cobardes? Nosotros toleraremos todas las injurias y la misma muerte antes que aprobar el crimen, comunicando con el culpable. Ya que Dios nos ha otorgado la gracia de que no nos doblegásemos en el reinado de un príncipe adúltero, presérvenos el cielo de hacer traición á la verdad y perder nuestras almas en el de un soberano que anuncia piedad.» Este valor del santo abad hizo que se declarase grande número de monges y de simples fieles; y así se formó en Constantinopla una especie de cisma, en que las personas devotas y una multitud de hombres de bien se mantuvieron firmes por la pureza del Evangelio y la defensa de los santos cánones contra el partido de la corte y de los grandes.

Quitóse con esta ocasión el emperador Nicéforo el velo de la hipocresía, y cometió las mayores violencias contra las personas más santas que existían en su imperio. El santo abad Teodoro fué tratado ignominiosamente por los soldados y espulsado de su monasterio. San Platon, que por su edad y edificante vida era venerado como un ángel sobre la tierra, fué metido en una cárcel y con grillos en los pies. Los monges de Estudio y los más fervorosos de otras comunidades fueron dispersados en diferentes monasterios, en donde por complacer á la corte los trataron aun peor de lo que esta pretendía (809).

Entretanto el abad Teodoro, para que no se tuviese por terquedad suya su oposición á muchos obispos, recurrió al Gefe universal de la Iglesia, y escribió al Papa Leon III en estos términos (1): «Pues que Jesucristo concedió á Pedro la dignidad de Gefe de los

(1) *Lib. 1. Epist. ep. 33.*

pastores, al sucesor de Pedro, como nos lo enseñaron nuestros padres, se deben delatar todos los errores nuevos que se levantan en la Iglesia.» Quejóse despues de los dos Concilios reunidos en Constantinopla, así para restablecer al sacerdote José como para condenar á los que se oponían á este restablecimiento. «Ellos, añade, han declarado que el matrimonio infame de Constantino se contrajo por dispensa, que cada obispo es árbitro dispensador de las leyes y dueño de los cánones; por último, que con los emperadores no se deben observar rigurosamente las leyes divinas, lo cual equivale á justificar el delito por medio de la herejía. Ahora bien, si nuestros obispos no han temido celebrar un Concilio herético por sola su autoridad, siendo así que ni aun un Concilio católico debían reunir furtivamente y sin vuestra noticia según la antigua costumbre, ¿cuánto más útil y necesario será que vos congregueis otro diferente para condenar su error?» El Sumo Pontífice aprobó el sentir y la conducta de Teodoro, y condenó á los que pretendían autorizar un matrimonio contrario á los cánones y á la ley divina.

Algunos años despues de esta persecución murió San Platon en una edad muy avanzada, tan debilitado por sus mortificaciones voluntarias y por los malos tratamientos que no se podía sostener, y ni aun asistir al oficio divino que era lo que más sentía. Habíanle obligado á dejar la vida de recluso; pero él supliendo el mérito del retiro con el del apostolado, aunque recostado en su lecho é incapaz de movimiento, no cesó de instruir, exhortar y consolar á los hermanos mientras tuvo siquiera un soplo de vida. Redobláronse sus males durante la Guaresma, y aunque este era tiempo de grande retiro fueron muchos monges de fuera á visitarle. Sin embargo de las divisiones precedentes, le visitó el patriarca Ni-

céforo al frente de su clero, le abrazó y le pidió el auxilio de sus oraciones. Perdonó generosamente el santo enfermo á cuantos le habían perseguido, y oró públicamente por ellos. Por último cayó en una debilidad tal que ya solo podía mover los labios, y esforzándose á cantar un himno de la Resurrección, espiró cerca de la Pascua el día 19 de marzo de 815.

Otro modelo no menos admirable tenía el Occidente en la persona de San Benito de Aniano, hijo del conde Magdelon, quien desde su juventud le había puesto al servicio del rey Pipino: llegó á ser copero de este príncipe, y despues de su muerte logró mucho favor en la corte de Carlo-Magno (1). Sin embargo, desde entonces concibió el proyecto de abandonar el mundo; pero solo se lo declaró á un hombre santo, llamado Vitmar, ejercitándose entretanto durante tres años enteros en ayunos, vigiliias y silencio. Viéndose por último en su país en peligro de muerte, confirmó con voto su resolución; y dispuesto todo para ejecutarla, partió como si hubiera de volver á la corte, pero se detuvo en el monasterio de San Señá en Borgoña, despidió allí sus gentes y abrazó la vida monástica. Al cabo de cinco años fué elegido abad por su singular virtud; y no pudiendo comunicar todo su fervor á los monges, se fué á buscar á su querido Vitmar, y con algunos otros solitarios levantó un monasterio pequeño en una tierra de su patrimonio cerca de Montpellier, en la ribera de un arroyo llamado Aniano del que tomó el nombre (780). No se contentaban con observar la regla de San Benito en todo su rigor, sino que se alimentaban ordinariamente con un poco de pan, agua y leche, bebiendo vino solamente los domingos. Fué de tanta pobreza este monasterio en sus

(1) *Act. SS. Bened. tom. 5, pag. 194.*

principios, que se notaba hasta en la iglesia cuyos vasos sagrados eran de madera y de vidrio; pero en poco tiempo fué magnífico por las liberalidades de los señores del país y del mismo rey. San Benito recibía las tierras que le daban, pero siguiendo el ejemplo de esa humanidad evangélica que los solitarios más dignos habían puesto en uso en las iglesias de Oriente, hacía poner en libertad los esclavos de que estaban pobladas y las cultivaba por su mano y con sus religiosos. Era de un desinterés y bondad de alma que sin duda parece más admirable que imitable, porque prefería perder los bienes que le habían robado, á causar daño al ladrón pidiéndolos por justicia. Un día que iba de viage se encontró á un pasajero montado sobre un caballo que había sido hurtado al monasterio. El hermano que iba con el abad principió al instante á gritar al ladrón; más el Santo le impuso silencio diciendo, que hay muchos caballos que se parecen unos á otros; y después cuando estuvo solo le dijo: «Bien conocí yo el caballo, pero no quise perder á ese infeliz.»

El ejemplo de Benito escitó á otros santos personajes á que fundasen comunidades religiosas, que tuvieron á mucho honor arreglar su vida á sus santas instrucciones. Él las servía de padre y de maestro, y las asistía en lo temporal y en lo espiritual. Muy distante de ese mal entendido espíritu de cuerpo y de esa sórdida caridad que se concentra toda en su propia casa ó comunidad, repartía por todos los monasterios del país lo que recibía con abundancia de las liberalidades de los reyes y de los fieles; de modo que le llamaban el sustentador de los monges de Gothia y de la Novempopulania, esto es, de Provenza, Langüedoc y Gascuña, y generalmente padre de todos los pobres. El noble y grande carácter de su caridad hacía que los fieles le

eligiesen para distribuidor de casi todas sus limosnas.

Todos los días acudían prosélitos á Aniano, y aseñando el número de los monjes á más de trescientos, se vió obligado el santo abad á levantar una nueva casa que tenía cien codos de largo y veinte de ancho, y con el tiempo se contaron en ella más de mil religiosos. Le fué necesario preparar otros monasterios pequeños que después se llamaron prioratos, á los cuales concedió superiores particulares. Luis, rey de Aquitania, es decir, del país que se estiende desde el río Loira hasta los Pirineos, le entregó también muchos monasterios en Auvernia, Poitou y Berri para que descargase el de Aniano, el que para la esterilidad de aquel suelo era demasiado numeroso. Colocó Benito un abad en cada una de aquellas casas, reservando para sí la inspección ó superioridad general. Pidiéronle bien pronto de todas partes sugetos formados de su mano para restablecer la disciplina monástica en todas las provincias. Envió hasta veinte á Leidrado, arzobispo de Lyon, para su monasterio de la Isla Bárbara: Alcuino logró otros tantos para fundar la abadía de Cormeri; y aunque Teodulfo de Orleans no pudo conseguir más que cuatro para la de Mici, arruinada enteramente con las guerras y ocupada por algunos hombres y mugeres del mundo, la virtud de aquellos pocos hombres pudo tanto que prestó se instituyó una comunidad tan numerosa como edificante.

Pero la más ilustre colonia de Aniano fué indudablemente el monasterio de Gelona ó de San Guillermo del Desierto (1), llamado así por haberle fundado Guillermo, duque de Aquitania, y aun más por haber sido su retiro, á donde llevó la piedad de solitario á

(1) Act. SS. Bened. tom. 5. Vit. S. Guj.; Boll. 20 Maji.

tan alto grado como había llevado en el siglo el valor del héroe. Era de la principal nobleza, hijo del conde Teodorico y por parte de madre nieto de Carlos Martel. Agradó á Carlo-Magno por su valentía y su prudencia, sostenida del buen aspecto y ventajosa talla, ó por mejor decir ganó tanto su estimación, que este monarca, de un discernimiento esquisito, le confió el mando militar más importante del reino, condecorándole con el gran título de duque de Aquitania, y enviándole al frente de sus mejores tropas contra los sarracenos que ya habían tomado á Orange. Llenó Guillermo las esperanzas de su soberano, tornó á tomar la ciudad, y ganó contra los infieles repetidas victorias tan decisivas que no osaron volver otra vez á poner los pies en el país. No se señaló menos en las prendas pacíficas que en las de la guerra, procurando reparar los estragos de esta. Trabajaba sin cesar en los negocios públicos, se informaba de todas las desavenencias, y hacía observar las leyes, no solo al pueblo, sino también á los señores, no permitiendo que abusasen de su poder contra los débiles, de los cuales se mostraba en todas ocasiones protector y padre. Su religiosidad igualaba á su justicia; sus limosnas eran inmensas, y sobre esto cuidaba muy particularmente de las personas y de los lugares consagrados al Señor.

Habiendo resuelto fundar un monasterio cuyo fervor correspondiese á la santidad de sus intenciones, se dirigió al santo abad de Aniano que era su amigo y su director. Logró que le diese algunos religiosos y los estableció en Val-Gelon en los montes del territorio de Lodeve, á una legua de Aniano: les dió grandes dominios y les edificó las piezas regulares, como el oratorio, el dormitorio, el refectorio, el noviciado con su enfermería, tahona, un molino y una hospedería. Tenía el duque Guillermo dos hermanas tan devotas como él; la una se llama

maba Albana y la otra Bertrana, las que ofreció al Señor, aunque ya adultas, por el grande deseo que tenían de consagrar su virginidad. Levantaron estas un convento pequeño cerca del monasterio grande.

Movióle mucho la generosidad de este sacrificio; se avergonzaba de ceder en valor á estas delicadas mugeres, y por último hallándose en el más alto grado de gloria y prosperidad temporal, y cuando gozaba á la sombra de sus laureles la abundancia y el descanso que había procurado á todo el país; rico, querido y honrado de todos, siendo el favorito del soberano, ó para decirlo mejor, el objeto más digno de su estimación y de su ilustrada amistad, teniendo muchos hijos y una esposa virtuosa que se esmeraban en agradarle, se resolvió á hacer al Señor el sacrificio de todos los placeres y de toda la gloria del siglo. Le pareció que nada debía ejecutar sin dar parte á Carlo-Magno, como á su emperador y aun más como á su amigo. A la primera proposición no pudo el emperador contener las lágrimas ni oponerse á las inspiraciones del cielo, y así puso todos sus tesoros á disposición del duque diciéndole que sacase de ellos cuanto necesitase para la ejecución de sus devotos designios. Guillermo solamente pidió una reliquia de la verdadera cruz de Cristo, que seis años antes, es decir, en el año 800, había enviado el patriarca de Jerusalem al emperador con motivo de su exaltación al imperio. No solo le concedió el emperador esta alhaja inestimable, sino que añadió otras muchas de la misma naturaleza. Llegó Guillermo al monasterio de Gelona con estas riquezas todo celestiales, digámoslo así; pero también había tomado de sus propios fondos lo que le pareció conveniente para la magestad del culto externo, y así llevó cálices de oro y de plata, ornamentos de seda bordados de oro, y muchos libros que no eran menos preciosos. Quiso entrar en su

santo asilo con los pies descalzos y con un cilicio que ocultaba bajo su trage ordinario. Lo primero que hizo fué ir á la iglesia á ofrecer sus presentes, despues fué á hacer la ofrenda de su persona en el capítulo, en donde pidió con humildad á los munges que le admitiesen en su compañía, y aunque en aquellos tiempos no se tomaba el hábito hasta haber pasado el noviciado, á él se le vistió desde luego así que le quitaron la barba y el cabello.

Desde este día, que era el de la fiesta de San Pedro del año 806, empezó á vivir con la misma pobreza y sumision que el último de los munges. Frecuentemente se presentaba de rodillas ante el abad y los religiosos, y les suplicaba con lágrimas que se olvidasen de su dignidad; «si es dignidad para un cristiano, añadia, haber llevado por tanto tiempo la librea del siglo.» No cesaba de pedir que le ayudasen á domar su orgullo aplicándole á los ministerios mas viles; y con efecto, este vencedor de los sarracenos servia en la cocina y en el rectorio, llevaba el agua y la leña, fregaba, preparaba las legumbres y cuidaba del molino y del horno. Quiso el Omnipotente honrar con un milagro al que se empleaba en estos egercicios de humildad con mas alegría que la que habia tenido jamás en recoger las palmas y los laureles. Un dia en que le instaba cocer el pan y no hallaba á tiempo los instrumentos necesarios, con la confianza que Dios le inspiró para su gloria, sacó con sus manos la leña que habia en el horno, y llevó las brasas en su escapulario sin experimentar daño alguno en su persona ni en sus hábitos. Siete años vivió despues de su retiró practicando siempre la mas sublime perfeccion, y murió despues de haber conocido de antemano el tiempo de su muerte, y anunciádoselo al emperador (812).

Los grandes egermplos de Gelona y de

Aniano sirvieron muchísimo para restablecer la disciplina monástica, y el fundador de este segundo monasterio es tenido por uno de los principales restauradores de ella en el Occidente. Tenia el reino de Aquitania particular necesidad de esta reforma; porque además del desorden de los reinados anteriores, comun á todas las Galias, las disputas particulares de aquellas provincias y las irrupciones de los infieles habian alterado tanto las costumbres del clero, que mas bien se aplicaba á los egercicios militares, al manejo de las armas y de los caballos, que al servicio de Dios. Luis, rey de Aquitania, acudió al remedio de estos abusos, aconsejándose de San Benito de Aniano, á quien protegió poderosamente en todas ocasiones. Este príncipe amaba mucho á los munges que tenian el espíritu de su estado, y aun él lo hubiera sido á egermplo de su tio Carloman, á quien nombraba siempre con veneracion, si no se lo hubiera impedido el emperador su padre (1). Se cuentan hasta veintiseis monasterios fundados ó reparados por este príncipe, la mayor parte muy famosos, como el de Nairmoutier y San Majencio en la diócesis de Poitiers, el de Santa Cruz en la ciudad, el de Conques en la diócesis de Rodez, el de Menat y Manliu en Auvernia, el de Moissac en Quercy, el de Solignac cerea de Limojes, y el de Grasse en el país de Carasona; y si la mayor parte reconocen á Carlo-Magno por fundador, es porque se pensaba que el rey Luis obraba en nombre del emperador su padre. A egermplo suyo muchos señores y obispos restauraron algunos monasterios arruinados y fundaron otros nuevos, y casi por todas partes se procuraba establecer la observancia del de Aniano. Favorecia Carlo-Magno todos estos piadosos establecimientos, y se puede decir generalmente que

(1) Goint, ann. 802.

él era el principal autor de todo lo bueno que se hacia en su imperio, por las instrucciones y egermplo que no cesaba de dar á los que participaban de su autoridad.

Autorizaba con todo su poder aun lo que se hacia fuera de sus vastos Estados, cuando era para contribuir á las ventajas de la Religion. Ya en el tercer Concilio de Toledo (a) habian añadido los españoles al símbolo de Constantinopla la palabra *Filioque*, para declarar contra los griegos que en la Santísima Trinidad el Espíritu Santo procede del Hijo igualmente que del Padre. Se introdujo en Francia la costumbre de recitar públicamente la misma adición, y aun de cantarla en las iglesias ó por lo menos en la capilla Real. El mismo uso se estableció en una comunidad de munges franceses que habia entonces en Tierra Santa en el monte de los Olivos, que conservaba el rito latino (1). Viéndose estos tratados de hereges por los griegos, se quejaron á Carlo-Magno, quien para justificar ruidosamente la fé calumniada, juntó un Concilio en Aquisgran en noviembre de 809, y para dar mas autoridad á la decision, se propuso hacer que la aprobase el Pontífice. Fué pues enviado á Leon III, de parte del Concilio, Bernario, obispo de Worms, con Adalardo, abad de Corbia, y con este se juntó Smaragdó, abad de San Miguel en la diócesis de Verdun, y este es el que habiendo asistido á la conferencia que sobre este punto se tuvo en Roma nos ha trasmitido las actas.

Fueron admitidos los diputadós á la audiencia del Papa en la sala secreta de la iglesia de San Pedro, y empezaron probando con el testimonio de los santos doctores en el símbolo de la adición de la palabra *Filioque*.

(a) Ya en el primer Concilio de Toledo se halla esta adición, pero en el tercero aparece repetida con mas autenticidad, y cantada solemnemente en el símbolo. Véase la colección de Concilios de Aquirre. (N. del E.)

(1) Eginard, ann. 809.

que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo (1). De esto jamás habia dudado la Iglesia romana ni las otras iglesias de Occidente; pero por razones que despues han justificado las desavenencias de los griegos con los latinos, no se habia juzgado conveniente insertar en el símbolo la espresion formal de esta verdad. El Pontífice que tiene á su cargo la economía general de la casa de Dios, y está provisto de las gracias de su Estado para disponerlo todo con la prudencia conveniente, respondió á los enviados de la iglesia de Francia, que él creia como ellos la verdad que espresaba su adición, pero que no podia aprobar que se hiciese esta adición. Replicaron ellos: «si es verdad de fé, ¿no se deberá enseñar? ¿podria salvarse el que la ignorara ó no la creyera?»—«Cualquiera, respondió el Papa, que rehusa creerla, no se puede salvar, siempre que le hayan hecho conocer que es una verdad de fé.»—«Supuesto, replicaron los enviados, que no es permitido dejarla de creer, es permitido enseñarla, y por consiguiente el cantarla.»—«Permitido es cantarla, dijo el Papa; mas no el insertarla en unas actas en que los Padres prohibieron que se añadiese cosa alguna.»—«Nosotros, dijeron los enviados, no insistimos en que los autores del símbolo no nombrasen al Hijo con el Padre en la procesion del Espíritu Santo, ni en que el Concilio de Calcedonia y los tres siguientes hayan prohibido añadir ó quitar en este símbolo cosa alguna; pero los que dispusieron el símbolo ¿no hubieran hecho muy bien en aclarar un misterio tan importante, añadiendo quatro sílabas, cuales son *Filioque*?»—«Respondió el Papa: «yo no me atrevo á erigirme en juez de los que eran dirigidos por la divina sabiduría, ni imaginarme que no viesen como nosotros las consecuencias de su reserva y de la prohibicion

(1) Tom. 7 Conciliar, pag. 4199.